

# HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

## II. El macedonio

José Luis Sicre Díaz



verbo divino





José Luis Sicre Díaz

# Hasta los confines de la tierra

II. El macedonio

*evd*

**editorial verbo divino**

Avda. Pamplona, 41  
31200 Estella - Navarra

2006

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Tfno: 948 55 65 11  
Fax: 948 55 45 06  
[www.verbodivino.es](http://www.verbodivino.es)  
[evd@verbodivino.es](mailto:evd@verbodivino.es)

Diseño de cubierta: *Chapitel Comunicación*

© José Luis Sicre Díaz

© Editorial Verbo Divino, 2006

Fotocomposición: *Megagrafic, Pamplona.*

© De la presente edición: Verbo Divino 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-456-6

ISBN versión impresa: 978-84-8169-687-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

**E**l macedonio no es Filipo V ni su hijo Alejandro Magno. Es el personaje que se aparece a Pablo en una visión nocturna y le suplica que vaya a ayudarles, provocando el salto del evangelio de Asia a Europa.

En este volumen, Andrónico y su familia siguen comentando el libro de los Hechos, concretamente los actuales capítulos 13-18, donde se cuentan tres viajes de Pablo: una misión en la zona sur y central de la actual Turquía, una ida a Jerusalén para resolver las tensiones surgidas entre esa comunidad y la de Antioquía de Siria, y otro viaje misionero, que, tras la visión del macedonio, lo lleva a diversas ciudades griegas, desde Filipos hasta Corinto.

Pero Andrónico aprovecha la lectura de los Hechos para que su familia conozca algunas cartas de Pablo, bien íntegramente (Gálatas y 1 Tesalonicenses), o en algunas de sus partes (1 Corintios, Romanos). Dejándose llevar por la clara relación entre el tema debatido en Jerusalén y la carta a los Gálatas, comienza por ella. Desde un punto de vista cronológico es un error, porque la mayoría de los comentaristas sitúa Gálatas varios años después. Pero seamos comprensivos con Andrónico, que no conoce los resultados de la ciencia bíblica moderna.

Para la inmensa mayoría de los católicos actuales, que de las cartas de Pablo sólo sabe que existen, que se leen en la

misa, y que no hay quien las entienda, el contacto con estos textos puede suponer (así lo espero) una agradable sorpresa. No son cartas puramente doctrinales, al margen de la realidad cotidiana, sino respuestas vivas a problemas candentes, de enorme actualidad. Muchas cosas cambiarían en la iglesia si dedicásemos más tiempo a leer los evangelios y las cartas de Pablo. Quizá por eso no se leen.

El comentario en familia es una forma de «exégesis coral». Que nadie busque el término en una manual de crítica literaria o de introducción a la Biblia: acabo de inventármelo. Quiero expresar con él que un texto bíblico, igual que cualquier texto literario, provoca o puede provocar reacciones muy distintas según el tipo de lector. Ante el relato de un milagro, uno puede sentirse entusiasmado y otro escéptico. Ante un discurso, el grado de acuerdo y aceptación será también muy variable. La «exégesis coral» tiene en cuenta distintas reacciones posibles y, al mismo tiempo, acepta el principio de que «cuatro ojos ven más que dos»: lo que no se le ocurre a uno, se le ocurre a otro.

También ha sido «coral» la aportación de sugerencias y la búsqueda de erratas en la redacción de estas páginas: Ignacio Maury, Gabriela Giampetruzzi y María del Mar Gil se merecen por ello todo mi agradecimiento. Gabriela, además, ha tenido la paciencia y la habilidad necesarias para realizar casi todos los mapas que aparecen en la obra.

Atendiendo a sus sugerencias, comienzo con la lista de los principales personajes.

**Andrónico.** Protagonista de la historia. Nacido en Tróade el año cuarto de Nerón (58 de nuestra era). Livia es para él como una hermana mayor. Casado con Lucila, tiene dos hijos: Elena y Néstor.

**Ascanio.** Abuelo de Talía, hombre de gran cultura y simpatizante de la filosofía estoica. Su espléndida biblioteca y su

disponibilidad supondrán una gran ayuda para los datos geográficos e históricos.

**Leví.** Escriba judío convertido al cristianismo, gran conocedor de las Escrituras y de las tradiciones de Israel. Casado con Tamar y enfermo desde hace años, Andrónico deberá siempre ir a visitarlo.

**Livia.** Cristiana de origen judío y padres esenios, adoptada desde muy joven por los padres de Andrónico, ha sido para éste como una hermana mayor y para Néstor una especie de abuela y de educadora.

**Lucila.** Esposa de Andrónico, mujer práctica y muy entregada a los miembros más necesitados de la comunidad. Es la que impone algo de sensatez cuando las discusiones corren peligro de perderse en el vacío.

**Néstor.** Hijo menor de Andrónico y Lucila, casado con Talía, con quien tiene tres hijos.

**Talía.** Esposa de Néstor, de origen pagano, convertida pocos años atrás al cristianismo. Mujer de gran cultura y extraordinarias ansias de saber.

**Tamar.** Esposa de Leví, mujer de fino sentido del humor.

En comparación con el primer volumen, éste dedica mucho más espacio a los apéndices. Me pareció útil incluir una serie de datos que no podían aparecer en la parte novelada pero que ayudan a comprender mejor el relato del libro de los Hechos y las cartas de Pablo.

Pontificio Instituto Bíblico  
Roma, 21 de abril de 2006



# 1

## *Preparativos y complicaciones*

La enfermedad de Livia, que supuso una larga interrupción en nuestras reuniones, me ofreció la oportunidad de leer y releer el texto de Lucas, que terminé sabiéndome casi de memoria. Y también las cartas de Pablo, un mundo más complejo, a veces árido, que requería mayor dosis de concentración. Pero lo fundamental en aquel período fue la creciente amistad con Leví. Lo que comenzó por una visita interesada ha terminado convirtiéndose en una relación profunda, un deseo, casi necesidad, de compartir ideas. Y en mi caso, no me avergüenza decirlo, de aprender. La supremacía de Leví no radica en su edad, ya que es sólo unos años mayor que yo. Radica en su origen judío, su preparación desde niño para convertirse en escriba, sus estudios interrumpidos por la terrible guerra contra Roma, que terminaría con la caída de Jerusalén, su búsqueda azarosa de un sitio donde rehacer la vida, la continua desconfianza a que debió enfrentarse en todas partes del Imperio por el simple hecho de ser judío y, más tarde, las críticas y el odio de los mismos judíos cuando lo vieron unirse cada vez más a nosotros, los cristianos.

Estas frecuentes conversaciones, en las que siempre estaba presente Tamar, me sugirieron la idea de regalarles una copia de la obra de Lucas que estábamos comentando en casa. Al principio pensé simplemente prestarle mi ejemplar. Pero mi intención no era sólo que lo leyese, sino poder discutir con él

las dudas que fueran surgiendo. Para eso era preciso que dispusiese de una copia. No suponía un desembolso excesivo y estaba seguro de que Lucila compartiría mi opinión. Los gastos a favor de un enfermo siempre le han parecido plenamente justificados. Y así, un día me presenté en su casa con un ejemplar radiantemente nuevo y lo puse en sus manos.

—Para vosotros. No digo que sea un pequeño regalo, porque Lucas me habría matado.

Leví y Tamar ocultaron a duras penas su emoción, desconcertados por algo que no esperaban.

—Os advierto que es un regalo interesado —les dije—. Vais a tener que explicarme muchas cosas.

—Todas las que hagan falta —balbuceó él agradecido.

\* \* \*

A Livia no la tenía olvidada. Todos los días me sentaba un rato junto a su lecho para contarle mis charlas con Leví y Tamar. Tarea difícil, porque significa interesarla en algo y, al mismo tiempo, prohibirle hablar para que no se renovasen sus ataques de tos. La cantidad de pócimas que le habían hecho beber sólo podían curarla o matarla. Afortunadamente, ocurrió lo primero, y al cabo de un mes experimentó una rápida mejoría.

Todos, empezando por ella, deseábamos reanudar las reuniones, cuyo comienzo fijamos para el principio de la semana siguiente. La única condición que le impusimos a Livia fue la de no encargarse de ningún episodio ni tener que hablar hasta que su recuperación fuera plena.

Pero, antes de comenzar las reuniones, ocurrió algo que influyó decisivamente en su desarrollo y que debo contarte. Talía, que las echaba de menos, me pidió un día el rollo de Lucas para seguir leyendo por su cuenta. Al cabo de una semana me lo devolvió desanimada.

–Siempre me ha gustado leer, pero con esta obra me resulta imposible hacerlo sola. Me he acostumbrado a comentar lo que se me ocurre, a escuchar a los otros... Sin embargo, creo que ha sido útil lo poco que he leído. ¿Quieres que te recite una lista?

Y, sin darme tiempo a afirmar ni negar, enumeró de forma rápida, demostrando una vez más su espléndida memoria:

–Seleucia, Chipre, Salamina, Pafos, Perge de Panfilia, Antioquía de Pisidia, Iconio, Licaonia, Listra, Derbe. ¿Qué te parece?

–La ruta de una caravana de mercaderes –bromeé.

–La ruta del viaje misionero de Bernabé y Pablo.

–Ya lo sé. ¿Qué pasa con eso?

–Que yo no sé nada de esos sitios. Y me imagino que madre y Livia tampoco.

–No pienses que yo sé mucho. En algunos de ellos he estado, pero sólo de paso.

–¿Y cómo vamos a comentar el viaje si no sabemos nada de esas ciudades y regiones?

No me había planteado ese problema, pero reconocí interiormente que Talía tenía razón.

–No es lo mismo –prosiguió ella– que prediquen en una aldea o en una gran ciudad, que haya sinagoga o no la haya, que deban hacer muchas millas o pocas, que recorran una llanura o se adentren por montañas escarpadas<sup>1</sup>.

–Lucas nunca hace referencia a las distancias entre las ciudades.

–Porque es muy mal historiador –rió ella imitando a Néstor–. Se me ha ocurrido una idea, a ver qué te parece: pedirle

---

<sup>1</sup> Véase el Apéndice 1: «Viajar en tiempos de Pablo».

a mi abuelo que busque los datos interesantes sobre cada sitio. Yo después selecciono los que considere convenientes y os los cuento.

—¿Y de dónde va a sacar tu abuelo esos datos? Aquí se habla de infinidad de lugares, algunos poco importantes.

—Es cuestión de preguntarle. Seguro que encuentra algo en su biblioteca. Además, lo hará con mucho gusto. No tiene nada que hacer en todo el día.

Horas más tarde vino a mi encuentro con cara de felicidad.

—Mi abuelo empezó como siempre: poniendo dificultades, quejándose de que no ha podido comprar algunas obras importantes... Luego se fue animando, buscó en la biblioteca y me enseñó algunos rollos que serían de interés. ¿Sabes que Plinio, el de la *Historia natural*, habla al principio de los distintos pueblos del mundo? A mí sólo me interesaban las anécdotas sobre los animales y esos primeros libros me los salté. De todos modos, mi abuelo dice que Plinio casi se limita a dar una serie de nombres de ciudades, de ríos, de montes... Para él es mucho más interesante otro autor, Estrabón, que ha escrito una *Geografía* muy extensa. Y también me ha hablado de Diodoro de Sicilia, de Heródoto...

—El mundo ha cambiado mucho desde Heródoto. Han pasado más de cinco siglos.

—Bueno, tú déjalo que investigue. Luego yo me encargo de seleccionar lo que parezca interesante. También me ha aconsejado que Néstor y tú habléis con los mercaderes que recorren esas regiones; no saben geografía, pero conocen detalles muy interesantes que podrían sernos útiles.

Pensé en Apolodoro y Aristarco. Ya eran viejos y hacía años que no realizaban largos viajes. Algo sabrían, de todos modos. Y Néstor estaría en contacto con sus hijos y con otros mercaderes.

La disponibilidad de Ascanio y su consejo de consultar a mercaderes aumentarían nuestros conocimientos. Pero, con

vista a las reuniones, la situación se volvía cada vez más compleja. Ya no se trataba simplemente de preparar el comentario al texto, había que recoger informaciones de muy diversas fuentes. Leví aportaría su interesante punto de vista sobre la obra de Lucas. Ascanio, a través de Talía, información sobre ciudades y regiones. Néstor, algo parecido, desde el punto de vista de los mercaderes.

Cuando comenté en familia estas novedades, todos las aceptaron sin problema. Pero yo no acababa de sentirme tranquilo. Cabía el peligro de perderse entre informaciones tan variadas y olvidar el mensaje esencial de Lucas. Preocupado, acudí a Leví. Me escuchó atentamente y, al final, me formuló una extraña pregunta:

—¿Qué habría pensado Lucas de eso?

—¿A qué te refieres?

—A completar los datos que él ofrece.

No pude evitar una sonrisa.

—Se habría asombrado de mi temeridad. Diría que lo que él no escribió no es necesario.

—Me lo imaginaba. No es que esté totalmente de acuerdo con él, pero lo comprendo. Él cuenta lo que considera esencial y omite lo que piensa que puede distraer al lector.

—Tú estarías de acuerdo con Néstor en que Lucas no es un buen historiador.

—¿Eso dice tu hijo? Yo no llegaría a tanto. Pienso que es un historiador algo especial.

Hizo una pausa y me preguntó con expresión enigmática:

—¿Sabes lo que más me emocionó de todo el primer viaje misionero de Pablo y Bernabé?

—Me lo imagino: lo que dice Pablo al final, que tenemos que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios.

Sonrió satisfecho.

–Sabía que ibas a decirme eso. Pero te has equivocado. Lo que más me emocionaron fueron estas palabras: «Se hicieron a la vela en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. Desde Perge siguieron hasta Antioquía de Pisidia».

–¿Me estás tomando el pelo?

Tamar se introdujo en la conversación.

–Es cierto, Andrónico. Cuando lo leyó, casi se le saltaron las lágrimas.

No podía yo imaginar el motivo hasta que Leví me lo explicó.

–Ese mismo viaje, desde Pafos hasta Antioquía, lo hice yo hace años, cuando iba buscando una ciudad donde asentarme. Afortunadamente, tuvimos buen tiempo, pero algunos marineros comentaban los terribles peligros que habían pasado en otros momentos. Por fin llegamos a Perge. Pero Perge no está en la costa, hay que seguir navegando río arriba siete u ocho millas para llegar a su puerto; luego se caminan otras pocas millas hasta la ciudad. Una semana más tarde, cuando se formó un grupo suficientemente grande, emprendimos el camino de Antioquía. Algo más de cien millas, si no recuerdo mal. ¿Sabes cuánto tardamos?

Hice un rápido cálculo.

–¿Cuatro días?

–Siete. Los tres primeros fueron terribles, por los barrancos del río Cestro y, más tarde, subiendo y subiendo por un paisaje desolado, pasando hambre y frío, y con el miedo a los bandidos... Pero mereció la pena. En Antioquía conocí a una muchacha bastante simpática que estuvo dispuesta a aguantarme. Y todavía me aguanta.

La cara de Tamar rebosaba satisfacción. Pero yo pensaba en Talía.

–A mi nuera le habría encantado escucharte. Esos detalles le interesan mucho y los echa de menos.

–Pues yo comprendo a Lucas. ¿Qué más da que entre Perge y Antioquía haya cien millas o doscientas?, ¿que se tarde una semana o quince días?

–Pero Pablo habla a veces de lo dura que le resultó su actividad misionera. De los naufragios, los bandidos, el hambre, la sed...

–Ahí está la intuición de Lucas, Andrónico. Cualquier viajero puede sufrir un naufragio, pasar hambre y sed, ser asaltado por bandidos... Lo que distingue a Pablo y Bernabé es otro tipo de dificultades. ¿Sabrías decirme cuáles?

–Me recuerdas a Lucas, cuando me examinaba siendo yo joven. Te refieres a las persecuciones, ¿verdad?

–Exactamente. Eso es lo fundamental, no las millas ni los paisajes. Que te persigan, te denuncien, te insulten, te apedreen, y sigas empeñado en predicar el evangelio.

–¿Qué hacemos entonces? ¿Eliminamos todas esas cuestiones?

–Si a Talía le gustan, no veo problema en tratarlas. Con tal de que no perdáis de vista lo esencial.

Su respuesta moderada supuso un alivio. Me dispuse a volver a casa, y cuando estaba ya de pie me asaltó la curiosidad.

–¿Por qué no os quedasteis a vivir en Antioquía de Pisidia? Esta vez fue Tamar quien se anticipó.

–Es una historia muy larga, Andrónico. Ya te la contaremos.

–Y no digas que Antioquía está en Pisidia, porque no lo está –completó Leví.

–Yo digo lo que dice Lucas –me excusé.

–Es que Lucas es muy mal geógrafo.

Su carcajada me acompañó calle abajo.



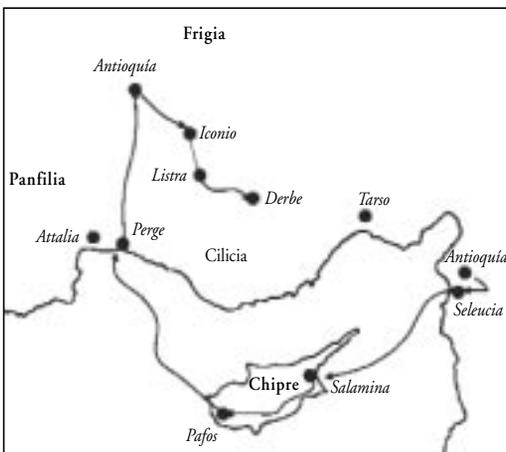
## 2

### *La misión*

(Hechos 13,1-3)

**S**in consultar a nadie, y sin que nadie se molestase por ello, había decidido dirigir yo la primera reunión. Antes de comenzar la lectura quería que tuviesen una visión de conjunto de todo el primer viaje, para poder encajar luego cada pieza en su debido sitio. En el fondo, seguía el consejo de Leví de que nunca perdiésemos de vista lo esencial.

—Entramos en un momento nuevo de la historia —comencé—. Como ya os dije, ahora se va a contar la actividad misionera de Pablo y Bernabé. Todo comienza por una misión que les encomienda la comunidad de Antioquía...



Primer viaje: De Antioquía a Derbe.

–La comunidad, no. El Espíritu Santo –me corrigió Talía, que había leído el texto y no ha perdido un ápice de su excelente memoria.

–De acuerdo, el Espíritu Santo. Entonces bajan a Seleucia, se embarcan para Chipre, y, cuando llegan a la isla, predicán en las sinagogas de Salamina. Luego se dirigen a otra ciudad, Pafos, donde se enfrentan con un mago y convierten al procónsul. Vuelven a embarcarse hasta Panfilia y terminan en otra Antioquía, la de Pisidia, que Leví dice que no está en Pisidia, pero da lo mismo. Allí, Pablo tiene un largo discurso en la sinagoga demostrando que Jesús es el Mesías. La gente termina interesada y contenta; pero, al cabo de una semana, la situación cambió, y los judíos consiguieron que los expulsaran de la ciudad. Así que se dirigieron a Iconio, donde también encontraron mucha oposición por parte de algunos judíos, y tuvieron que huir a Listra. En Listra se dan las situaciones más opuestas: al principio, Pablo cura a un inválido, y la gente grita que los apóstoles son dioses en forma humana; sin embargo, más tarde, vienen judíos de Antioquía y de Iconio, acusan a Pablo y lo apedrean hasta darlo por muerto. Como podéis imaginar, no estaba muerto, y al día siguiente se fue con Bernabé a Derbe, donde continuaron predicando el mensaje. A partir de entonces comienzan el viaje de vuelta, pasando por las mismas ciudades: Listra, Iconio, Antioquía, Perge... y terminan en Antioquía del Orontes, sin pasar esta vez por Chipre.

Me tomé un respiro para que ellos también descansaran de este pesado e inevitable resumen.

–Por consiguiente, en este primer viaje anuncian el evangelio en siete poblaciones: Salamina, Pafos, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Derbe y Perge. No creo que el número siete estuviese motivado por ningún simbolismo; se debe a pura casualidad. Y aparte de que el cristianismo se fuese difundiendo en esos sitios, Lucas indica otras tres cosas muy importantes, que enumero en el mismo orden en que aparecen en el texto.

Hice una pausa, porque quería dejar claro el interés de lo que iba a decir, interés que fui subrayando con suaves golpes del rollo sobre mi rodilla izquierda.

–Primero: Pablo y Bernabé siempre comienzan predicando el evangelio a los judíos, pero entre ellos encuentran grandes resistencias y por eso se dirigen a los paganos. Segundo: la predicación del evangelio siempre supone grandes dificultades y persecuciones y debemos aceptarlas como algo natural. Tercero: Pablo y Bernabé no se limitaban a predicar, también organizaban las comunidades nombrando responsables.

Note que Livia quería decir algo, pero me anticipé.

–Estos tres puntos merecen un comentario más detallado, pero no lo haremos ahora, sino a medida que leamos el texto. Sólo quería que tuvieseis una idea de conjunto del primer viaje. El relato es demasiado largo para tratarlo en un solo día. Calculo que necesitaremos dedicarle cuatro reuniones. La de hoy, al comienzo, la misión. La segunda a lo ocurrido en Chipre. La tercera, a Antioquía. Y la cuarta, a Listra y lo demás<sup>1</sup>.

Talía pareció extrañada.

–La introducción es muy breve. ¿Le vamos a dedicar toda esta reunión?

–Es muy breve, pero hay detalles que conviene comentar despacio. –Y dirigiéndome a los demás, añadí–: He pensado que Talía se encargue de la próxima reunión, de lo ocurrido en Chipre, porque allí vuelve a salir un mago, que son su especialidad. De Antioquía podríais encargaros vosotras dos –me refería a Lucila y Livia–; hay un largo discurso de Pablo a los judíos, que es lo que a ti te gusta, Livia; he pensado que te ayude Lucila para que no te resulte demasiado cansado. Del

---

<sup>1</sup> Para más datos sobre el primer viaje y los problemas que plantea, véase el Apéndice 2.

resto te encargarás tú, Néstor, porque se cuenta uno de esos milagros que tanto te entusiasman. Como veis, he intentado agradaros a todos.

Pasaron por alto mi ironía, aceptando la distribución de la materia, y alargué a Néstor el rollo de Lucas para que realizase la lectura.

*En la iglesia de Antioquía había algunos profetas y maestros: Bernabé, Simeón, apodado el Negro, Lucio el Cireneo, Menajén, que se había criado con el tetrarca Herodes, y Saulo. Durante una liturgia en honor del Señor acompañada de ayuno, el Espíritu Santo dijo:*

*—Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a la que los tengo destinados.*

*Ayunaron, oraron e imponiéndoles las manos, los despidieron.*

Al poco de comenzar Néstor, advertí una mirada divertida en Lucila, que luego se hizo extensiva a Livia. Esto me hizo empezar a la defensiva.

—Algunas maliciosas creen que considero muy importante este texto, y digno de comentarlo despacio, para permitirme contar la biografía de Simeón el Negro, de Lucio, de Menajén... Pues no. No voy a hablar de ninguno de ellos, aunque podría recordar muchos detalles interesantes...

—Que ya nos sabemos de memoria, padre —sonrió Néstor.

—Eso es lo que pensáis. Pero no voy a discutir. De todos esos grandes personajes sólo quiero recordaros algo a propósito de Bernabé. Tú debes saber a qué me refiero, Lucila.

—Yo no he estado en Antioquía, Andrónico.

—Me refiero a que Bernabé es el que vendió su campo y entregó el dinero a los apóstoles. El que hizo lo contrario que Ananías y Safira, que se quedaron con parte del dinero. Ese episodio lo comentaste tú.

—Es cierto.

—Además, cuando Pablo llegó a Jerusalén y nadie se fiaba de él, Bernabé fue quien lo presentó a los apóstoles. Y cuando algunos chipriotas y Cireneos fundaron la comunidad de Antioquía de Siria, la Iglesia de Jerusalén envió a Bernabé para que diese su aprobación. Más tarde, cuando los de Antioquía decidieron ayudar económicamente a los de Jerusalén, mandaron su limosna por medio de Bernabé y Pablo.

Me había costado tiempo recoger todos estos datos, y me sentía satisfecho de una recopilación tan completa, cuando me interrumpió Talía, con una sonrisa maliciosa.

—Se te han olvidado dos cosas: que Bernabé se llamaba José y que había nacido en Chipre.

La carcajada general no me amilanó.

—Es cierto. Pero no creo que esos detalles tengan importancia.

—Que se llamaba José, quizá no. Pero el de Chipre, muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque en Chipre comienza el viaje misional. Seguro que fue a Bernabé a quien se le ocurrió empezar por allí.

El detalle era realmente interesante y yo no lo había advertido. Pero me consideré en la obligación de responder con una ironía.

—¿No era el Espíritu Santo el que proponía la misión?

—El Espíritu Santo y Bernabé podían ponerse de acuerdo.

Talía es tan rápida o más que Lucila y no conviene enredarse con ella en debates de sofistas. Preferí seguir con mi tema.

—Lo que quería decir es que Bernabé es un personaje excepcional para los primeros cristianos. Tiene enorme prestigio en Jerusalén y también es muy aceptado en Antioquía. Por eso Lucas lo cita el primero. En cambio, Saulo aparece el último. Pero va a ocurrir una cosa muy curiosa. Al principio del relato,

Lucas siempre habla de Bernabé y Pablo, en ese orden, como si Bernabé fuera el más importante. A partir de Chipre, habla de Pablo y Bernabé, como si Pablo se hubiera convertido en el gran protagonista. ¿Habías advertido ese detalle, Talía?

–Sí, naturalmente.

Su mentira fue tan clara que incluso ella misma se echó a reír.

–De todos modos, en lo que he leído –intervino Néstor–, el principal protagonista no es Bernabé, sino el Espíritu Santo. Es el único que habla, los demás no dicen nada. Lo que no sé es cómo habla para que se entere la gente.

–El Espíritu Santo no va por la calle dando voces –Livia demostró encontrarse en plenas condiciones físicas y mentales–. Habla por dentro y se escucha muy bien cuando se quiere escuchar. ¿Has caído en la cuenta de cuándo les habla el Espíritu?

Néstor buscó en el rollo.

–Durante una liturgia en honor del Señor acompañada de ayuno.

–¿Y qué hacen después de que les habla el Espíritu?

Él volvió a buscar la respuesta exacta.

–Otra vez ayunan y oran.

–¿Lo ves? Cuando uno se prepara, ayuna, pasa horas orando, el Espíritu se comunica. Además, estoy segura de que todo eso ocurrió de forma mucho más normal de lo que parece. Esos profetas y maestros de Antioquía estarían preocupados por extender el evangelio. Algunos de ellos habían fundado la comunidad e incluso tuvieron el valor de predicar el evangelio a los griegos. Supongo que, con esa inquietud misionera, dedicarían la reunión litúrgica y el ayuno a decidir si debían extender su actividad a otras regiones y quiénes irían.

–Así se entiende todo mucho mejor que como lo cuenta Lucas –la elogió Néstor, con ganas de hacerla saltar, cosa que consiguió.

–«Las palabras del malvado son insidias mortales»<sup>2</sup>.

–¿Cuál es mi maldad, y cuáles mis insidias?

–Que entiendes la predicación del evangelio como algo puramente humano, donde cuatro amigos se ponen de acuerdo para hacer algo, como si fuese fundar una colonia o empezar un negocio. Esto no es algo humano. Es obra de Dios, y es el Espíritu del Señor quien lo inspira y lo decide.

–Además –corroboré yo–, con esa referencia al Espíritu Santo queda claro que se trata de una misión muy importante.

Néstor pareció sinceramente convencido de nuestro punto de vista y aproveché para tratar otra cuestión.

–Al principio de lo que hemos leído se dice que en la Iglesia de Antioquía había algunos profetas y maestros.

–Igual que en casi todas las iglesias –opinó Lucila.

–Eso es lo que quería comentaros. Parece que en todas no era lo mismo. Pablo, en una de sus cartas a los corintios, habla de apóstoles, profetas y maestros. Y otras comunidades dicen que tienen apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

–Demasiada gente –ironizó Néstor.

–Como veis, los de Antioquía no presumen tanto. Se contentan con profetas y maestros. Lo que voy a deciros ahora me lo ha sugerido Leví. Hace pocos años, un cristiano escribió una obrita que empieza hablando de dos caminos: el de la vida y el de la muerte<sup>3</sup>. Algunos dicen que esta enseñanza procede de los apóstoles. Leví la leyó hace tiempo, y dice que en ella se habla de los profetas y maestros. Indica cómo deben ser, y da criterios para distinguir al verdadero profeta del fal-

---

<sup>2</sup> Livia cita Proverbios 12,6.

<sup>3</sup> Se trata del escrito conocido posteriormente como *Didajé* o *Doctrina de los doce apóstoles*, fechado generalmente a finales del siglo I.

so. Por ejemplo, si un profeta invoca al Espíritu para que le demos dinero, es un falso profeta; pero si lo invoca para que demos dinero a los pobres, es verdadero.

–De donde se deduce que mi madre es una profetisa verdadera.

–Ahora me entero –dijo Lucila–, pero no me quejo.

–Un caso parecido –proseguí– es cuando un profeta aduce la inspiración divina para que le den de comer: es un falso profeta. Y cuando llega un profeta al pueblo o la ciudad no debe quedarse más de tres días. Si se queda más tiempo, es un falso profeta, a no ser que se ponga a trabajar para ganarse la vida.

–Pues a mí me han enseñado desde hace mucho tiempo –indicó Lucila– que a los profetas hay que darles las primicias cuando se hace el pan y cuando se abre una vasija de vino o de aceite.

–Sí, eso también me lo comentó Leví. Se supone que los profetas son pobres, aunque trabajen, y hay que ayudarles. De los que se habla muy poco es de los maestros. Leví dice que la diferencia entre profetas y maestros es que los primeros hablan inspirados por el Espíritu y los segundos, no. Y que la misión principal de los profetas es consolar y animar, mientras que la de los maestros es enseñar.

–De donde se deduce que tú a lo más que llegas es a maestro –sentenció Néstor.

–Ni siquiera a eso.

–No presumas de humilde.

–A veces los maestros son los obispos y los diáconos. Al menos, eso dice esa obrita.

–A mí Onésimo, nuestro obispo, me parece muy buen maestro –dijo Livia–. Lo que no sé es por qué nos has contado todo esto.

–Porque me llamó la atención que en Antioquía sólo se mencionase a profetas y maestros y quería saber algo más de

ellos. Además, así sabemos cómo era una de las primeras comunidades. A pesar de ser tan dinámica, no tenía obispo, ni diáconos...

–Es lógico –objetó Lucila–. Acababan de fundarla.

–Yo creía que los obispos eran los más importantes desde el principio –se admiró Talía en su vertiente ingenua.

–No, al principio no había obispos, que yo sepa. Empezaron más tarde, cuando las comunidades fueron creciendo y necesitaban un responsable que se preocupase de ellas.

–Pero ahora son muy importantes –insistió Talía.

–Desde luego. Y quien diga lo contrario, que le pregunte a Ignacio.

No creo que nadie captase mi ironía. Yo mismo no había imaginado la importancia de los obispos hasta que tuve la oportunidad de hablar con Ignacio, el obispo de Antioquía, cuando pasó por Tróade camino del martirio. Pero este tema no viene ahora a cuento.

Tenía la sensación de que, hablando de profetas, maestros y obispos, nos habíamos desviado de lo esencial. Pero era ya demasiado tarde para comenzar la narración de lo ocurrido en Chipre. Lucila, que velaba además por la salud de Livia y no quería que se acostase tarde, sugirió el adecuado punto final.

–A mí, lo que más me ha llamado la atención es lo que habéis dicho de la comunidad de Antioquía, que siempre estaba abierta a predicar el evangelio a nuevas personas y en nuevas regiones. En el fondo, si no llega a ser por ella, quizá hoy día no fuésemos cristianos. Lucas diría que el mérito es del Espíritu Santo, pero, como decía Talía, el Espíritu necesita personas que le hagan caso. Yo, hoy, quisiera dar gracias por la comunidad de Antioquía.

–De donde se deduce –concluí imitando a Néstor– que tengo razón cuando hablo tan bien de ella.

Si las palabras de Lucila convencieron a todos, las mías no despertaron el entusiasmo que yo habría deseado. En vez de aplaudirme, prefirieron dar gracias a Dios.

\* \* \*

En el breve relato de la misión hay un detalle que me desconcertó, pero que preferí pasar por alto para no transmitir a los otros mi propia confusión. Por dos veces, antes y al final de la deliberación, afirma Lucas que el grupo de Antioquía ayunó. Imagino que en tu comunidad, como en la nuestra, todos ayunan dos días por semana, miércoles y viernes, en recuerdo de la traición de Judas y de la pasión del Señor. Así que el dato de Lucas no debería extrañarme. Pero lo que él cuenta es distinto: no se trata del ayuno como recuerdo sino del ayuno como recurso para obtener algo de Dios: su luz y su fuerza.

Años atrás, acostumbrado desde joven a la práctica del ayuno, me admiró descubrir en los evangelios que los discípulos de Jesús no ayunaban, con gran escándalo de los discípulos de Juan el Bautista y de los fariseos. Sin embargo, Jesús justificaba su conducta diciendo que nadie puede echar un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, ni echar vino nuevo en odres viejos. Lo viejo, el ayuno, es incompatible con lo nuevo, el mensaje de Jesús.

Cuando se lo comenté a mi padre, me dijo: «Hay también otras palabras de Jesús sobre ese tema, no lo olvides: los discípulos no podían ayunar mientras Jesús estuviese con ellos porque era como si asistiesen a un banquete de bodas. Nadie ayuna durante la celebración de una boda. Cuando Jesús dejó de estar con ellos, después de la muerte, volvieron a ayunar».

La respuesta de mi padre, cosa rara, no me convenció plenamente. Si lo viejo y lo nuevo son incompatibles, lo son siempre. Es absurdo pensar que después de la muerte y resu-

rrección de Jesús se puede echar vino nuevo en odres viejos, o coser un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo.

Busqué las palabras del evangelio, para ver si mi padre las había reproducido fielmente, y advertí una diferencia: «¿Cómo pueden ayunar los amigos del novio mientras el novio está con ellos? Llegarán días en que les arrebaten al novio, y entonces, en esos días, ayunarán».

Sin embargo, no conseguía formular en qué radicaba esa diferencia. Y como la práctica no iba a cambiar, porque Lucila era fiel partidaria del ayuno, dejé de darle vueltas al tema. Ahora, leyendo el relato de Lucas, me surgió de nuevo. Y acudí a quien mejor podía iluminarme: Leví.

Me escuchó atentamente, leyó varias veces el texto del evangelio, que había llevado conmigo conociendo su amor a la exactitud, y finalmente me dijo:

–Las dos sentencias de Jesús son perfectamente compatibles si se interpreta el ayuno futuro de los discípulos en sentido alegórico. De lo que tendrán que privarse no es de comer y beber, sino de algo mucho más apetecible: la presencia del Señor. Ésa es la mayor mortificación para un cristiano durante esta vida.

–Pero no es así como se ha interpretado esa sentencia, sino en sentido real.

–Sí, y lo que cuenta Lucas lo confirma.

De repente, se quedó mirando al techo y sonrió socarronamente.

–Cabe otra posibilidad: que las dos frases sean incompatibles. Es decir, que Jesús dijo cosas distintas en momentos distintos a propósito del ayuno. Las personas inteligentes cambian de punto de vista según las circunstancias. Sólo los tontos repiten siempre lo mismo. Jesús, cierto día, criticó el ayuno, igual que lo criticó el profeta Isaías. Y otro día, lo defendió.

–Como lo de la bofetada. Me refiero a que un día dijo: «Al que te dé una bofetada en la mejilla izquierda, ofrécele la derecha». Pero el día que le dieron una bofetada no puso la otra mejilla, sino que preguntó: «¿Por qué me has pegado?».

–No recordaba ese detalle –comentó Leví–. Pero confirma mi teoría de que las personas inteligentes no repiten siempre lo mismo. El único problema, en el caso del ayuno, es que los evangelios han puesto juntas dos frases pronunciadas en momentos muy diversos.

Pensé que había terminado ya su reflexión sobre el tema, y estaba a punto de irme, cuando añadió:

–Además, los discípulos no eran tan valientes como Jesús.

A Leví le gusta desconcertarme con frases enigmáticas, claras en sí mismas, pero oscuras en el contexto. He aprendido a no seguirle el juego. En vez de preguntar, permanezco en silencio hasta que aclara su punto de vista.

–Me refiero a que Jesús era capaz de enfrentarse a todo el mundo con motivo del ayuno: fariseos, escribas, discípulos de Juan... En cambio, los apóstoles pudieron sentir miedo de escandalizar a esos grupos, impidiendo que muchos judíos dejaran de creer en Jesús por algo que les pareció secundario. Y así se introdujo la práctica del ayuno en las comunidades.

Tamar, que nos escuchaba a poca distancia, puso fin a la discusión.

–A mí no me vengas con alegorías, Leví. Que sepas que en esta casa se va a seguir ayunando.

### 3

## *Chipre: el mago y el procónsul*

(Hechos 13,4-12)

**L**a referencia al mago que había hecho yo el día anterior provocó bastante interés por saber lo ocurrido en Chipre. Pero la introducción de Talía tuvo la virtud de desconcertarnos a todos, sin excluirme a mí. Tenía en sus manos el rollo de Lucas y otro papiro en el que adiviné numerosas anotaciones, aunque no conseguía leer su contenido. Ella empezó con el mismo tono suave y seductor con que cuenta las historias a sus hijos.

—Hace algo más de un siglo, en tiempos del emperador Augusto, un maestro estoico escribió una obra muy interesante. Insisto en lo de «estoico» porque así se explica el interés de mi abuelo por sus escritos; ya sabéis que a mi abuelo le atrae mucho esa filosofía. Pues bien, ese maestro había nacido relativamente cerca de nosotros, en Amasia del Ponto, y se llamaba Estrabón. Viajó por muchas partes del mundo, visitó varias veces Roma, residió en Egipto y, como fruto de sus viajes y de los datos que recogió en la biblioteca de Alejandría, escribió una obra muy extensa a la que puso el título de *Geografía*. En ella describe con enorme detalle todos los países del mundo, desde Hispania hasta la India, indicando sus ciudades más importantes, quiénes las fundaron (cuando se sabe), la distancia que hay entre ellas, los montes y valles que puede encontrar el viajero, los productos del país... Esos detalles tan minuciosos sugieren que Estrabón escribió pensando en los